

La sucesión pontificia
De Karol Wojtyla a Joseph Ratzinger
Lic. Sonia Jiménez Berrios
CIPS

La sucesión pontificia de la Iglesia Católica Apostólica y Romana constituye un hecho histórico y político comparable, por las expectativas que genera a escala internacional, con el proceso eleccionario de una potencia mundial.

El Vaticano, en su doble condición de Estado y sede de una de las instituciones religiosas de mayor preponderancia en el planeta, guía espiritual de más de mil cien millones de seres humanos, semeja una especie de estado supranacional.

La voz de un Papa de la Iglesia Católica, sin pretender magnificar su influencia, concita la atención de naciones, estadistas y los medios de difusión masiva. Sobre todo a partir del largo pontificado de Juan Pablo II.

La cobertura inusual de todo lo concerniente con la enfermedad, muerte y entierro del Papa, así como al proceso de sucesión pontificia, constituyó una apoteosis mediática, organizada por los medios de comunicación más poderosos e influyentes de la actualidad, tal vez motivada por el imperativo de mostrar al mundo la existencia de un líder espiritual fuerte y reconocido universalmente, ante la carencia en el sistema actual de globalización de líderes políticos con atributos semejantes.

Precisamente la elección del sucesor de Karol Wojtyla, Juan Pablo II, despertó múltiples especulaciones, pronósticos y vaticinios, no sólo antes de que el humo blanco anunciara: Habemus Papam, sino desde el mismo instante en que Joseph Ratzinger, el actual Benedicto XVI, accediera a la decisión de los cardenales.

Sin embargo, pudiera decirse que el entramado de conjeturas estuvo más centrado en una valoración madura, reflexiva y analítica que ofreciera pistas lo más certeras posibles en cuanto al rumbo futuro de la Iglesia Católica Apostólica y Romana. En síntesis, en torno al modelo de Iglesia que pudiera proponer y materializar el nuevo sucesor de Pedro, tanto al interior de la Iglesia como ante las variadas y complejas problemáticas a las cuales se enfrenta hoy la Humanidad.

En este trabajo se ofrecerán algunas consideraciones en torno a la problemática antes mencionada: pero, previo a ello, y de adentrarnos en la figura del actual Papa, sería válido recordar a aquellos considerados posibles "papables" – nos referimos a los Cardenales a quienes los especialistas veían con condiciones para ser electos Papa--, ya que pudiera ofrecer una idea, al menos aproximada, de los mecanismos y del engranaje movilizador de opiniones que giran en torno a un acontecimiento a veces calificado como espectáculo mediático.

Posteriormente trataríamos de responder, evitando perdernos en sutilezas e hipótesis sin base real, la siguiente interrogante: ¿Allanó Wojtyla el camino del papado a Ratzinger?

A continuación nos detendremos en una caracterización de la figura del cardenal Ratzinger, sus principales pronunciamientos y ejecutoría al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, más adelante brindaremos algunas consideraciones acerca del primer año del pontificado de Benedicto XVI y la repercusión que la elección del nuevo Papa ha tenido en la Iglesia cubana.

De las conjeturas a la realidad

Los últimos años del mandato de Juan Pablo II dieron cuenta de su delicado estado de salud. Meses antes de su deceso, rumores sobre una posible sustitución fueron frecuentes, lo cual de haber ocurrido hubiera constituido un hecho no acostumbrado en la historia de la sucesión papal.

La imagen de un Papa balbuceante, con severas limitaciones locomotrices y cuyos mensajes verbales tornábanse a veces incomprensibles, aceleró el cúmulo de opiniones ya existentes en torno al posible o posibles candidatos a Sumo Pontífice de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

En los países europeos fundamentalmente se hacía hincapié en una vuelta a Italia. Es decir, se apostaba por un Papa italiano luego de veinticinco años de pontificado polaco.

Uno de los “favoritos” para la sucesión era el Arzobispo de Milán, Cardenal Dionigi Tettamanzi, pastor, intelectual y político, con buenas relaciones con el Opus Dei. Cuando sustituyó al Cardenal Carlo María Martini—quien pasó a retiro a solicitud del Papa—en el Arzobispado milanés, se generalizó la interpretación de que el cambio apuntaba a colocar al candidato de la preferencia de Wojtyla en la Arquidiócesis más influyente de Italia, lo cual anularía las posibilidades del refrescamiento progresista que el pontificado de Martini hubiera podido significar. (Alonso, 2005)

En cuanto al Cardenal Scola, los vaticanistas italianos lo vinculaban al Opus Dei, cuya candidatura apoyarían, y lo definían como moderado.

Los vaticinios pre elección no sólo tomaban en consideración como “papable” a un italiano, entre los veinte de esa nacionalidad que conforman el Colegio Cardenalicio, sino también no descartaban que el sucesor de Pedro pudiera ser uno de los 21 Cardenales latinoamericanos.

Agencias de noticias, por ejemplo, destacaban que “la posibilidad de que llegue un latinoamericano al trono de Pedro no ha sido descartada por los expertos” y añadían en sus despachos que entre “los príncipes de la Iglesia” nacidos en América Latina, con el carisma y la capacidad para gobernar a los católicos, se mencionan con frecuencia a los cardenales de Honduras, Brasil, Colombia, Argentina y, en menor grado, a los de México y Cuba.

Para el vaticanista italiano Marco Politi, del diario romano La República y autor de varios libros sobre la Santa Sede, los cardenales latinoamericanos se encontraban en condiciones de alcanzar tranquilamente la mayoría relativa, si lograban el apoyo de los ibéricos (8) y los estadounidenses (11).

De lo anterior se infiere tácitamente la necesidad de establecer alianzas para lograr un fin, al margen de los designios divinos.

Entre los cardenales de nuestro continente con supuestas opciones papables se encontraban Oscar Andrés Rodríguez, hondureño y Arzobispo de Tegucigalpa, considerado como el típico exponente de la nueva jerarquía eclesiástica latinoamericana, capaz de luchar contra las desigualdades sociales y en pro de los pobres, sin poseer vinculación alguna con la Teología de la Liberación, anatematizada en su momento por Juan Pablo II.

Asimismo, se consideraba a Claudio Hummes, cardenal de Sao Paulo, franciscano, comprometido en los años 60 del siglo pasado en su oposición a la dictadura brasileña. Su relación estrecha con las organizaciones sindicales de su país era vista como proclive a dividir a los "electores", más propensos, en general, a escoger una figura centrista más conservadora, según las opiniones esgrimidas en aquellos momentos.

También el nombre del colombiano Darío Castrellón Hoyos, quien en el 2005 llevaba siete años como cardenal (uno de los tantos nombrados por el Papa), estuvo en la lista de los papables debido a su prestigio como hombre hábil, enérgico y políglota, con experiencia dentro del clero como responsable del Consejo Pontificio para el clero.

La relación de los "papables" era algo más extensa. En ella, fue tardía la inclusión de Joseph Ratzinger, Su conservadurismo, rayano en el fundamentalismo a juicio de expertos, le otorgaba pocas oportunidades de alcanzar el máximo liderazgo de la Iglesia Católica.

El 19 de abril del pasado año demostró que la representatividad y el número de católicos en un área geográfica no son factores decisivos "per se" en la elección papal. Esos factores no resistieron el empuje de otros móviles y estrategias portadores, en buena medida, del signo de Juan Pablo II. Puede afirmarse, en síntesis, que la sucesión papal no se rige por áreas geográficas, sino por líneas políticas.

Resulta importante recordar que al Cardenal africano Arinze se le atribuían muchas posibilidades de ser electo Papa. En tal sentido, Aurelio Alonso en su artículo Bush en Washington y Ratzinger en Roma subraya: "que Ratzinger hacía campaña para llegar al papado fue evidente para mí hace unos meses, cuando se hablaba del Cardenal Arinze como candidato con muchas posibilidades y, en una entrevista muy difundida, el alemán comentó que aprobaría la elevación de un Papa africano. Pido perdón por mi suspicacia ante estas aparentes muestras de apertura, pero desde el primer momento lo entendí como una alerta al Colegio Cardenalicio de que corría el riesgo de poner a la Iglesia en manos de un tercermundista. Y no solamente del nigeriano, sino sobre todo de un hijo de América Latina, continente que reúne hoy a cerca de la mitad de los católicos del mundo, y un buen número de Cardenales con méritos reconocidos para asumir el pontificado. Lo interpreté como una especie de llamado a la cordura."

La extensa y compleja historia de la Iglesia Católica y sus acciones tácticas y estratégicas en las diferentes coyunturas históricas vividas por la humanidad, así lo atestiguan.

Si fuera factible extraer una muestra de la historia reciente, en este caso relacionada con América Latina, el inicio del papado de Juan Pablo II y sus posteriores repercusiones sociales pudiera servir:

Según Francois Houtart , cuando Wojtyla fue electo Papa era un obispo moderno y conservador a la vez. "...conservador, porque su experiencia en Polonia - un país gobernado por un partido comunista impuesto, en gran medida, desde el exterior- lo hizo pensar en que una Iglesia fuerte era una necesidad prioritaria".

Al asumir las riendas del Vaticano, Juan Pablo II esbozó con mayor precisión los dos grandes rivales de la Iglesia en el siglo pasado: el comunismo y el secularismo de la sociedad occidental.

De acuerdo con Houtart ahí se encuentra la clave que explica la mayoría de sus posiciones, tanto desde el punto de vista eclesial como ecuménico y social.

Ahora bien, ¿cómo se concretó esto en relación con nuestro continente y hasta qué punto pudiera hablarse de influencias recíprocas entre posiciones de la iglesia y cambios políticos o de puntos de contacto entre los objetivos del Vaticano y las fuerzas políticas conservadoras de ese momento?.

En América Latina había nacido la Teología de la Liberación—fundada por el sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez—cuando, después del Concilio Vaticano II, se celebra la conferencia de Medellín (1968), que la apoyó, al igual que las comunidades eclesiales de base. Ese evento tuvo un impacto importante sobre el catolicismo en Latinoamérica. La opción por los pobres en un continente preñado de dictaduras y gobiernos entreguistas, pletórico de desigualdades sociales, intolerancia, represión y asimetrías económicas, encontró resonancia profunda entre los desposeídos y excluidos.

Sacerdotes, como el salvadoreño Monseñor Oscar Arnulfo Romero, pagaron el alto precio de sus vidas por llevar aliento y esperanza a las masas humildes de esta parte del mundo.

Para Juan Pablo II la Teología de la Liberación era condenable por utilizar en el análisis de la conflictiva realidad latinoamericana el método marxista. Esto no solamente se explica por su anticomunismo, entendible a la luz de su propia experiencia. La autoridad de la iglesia, su carácter jerárquico, podría a su modo de ver, sufrir resquebrajaduras.

Si la referencia epistemológica no era ya la revelación divina, canalizada por la autoridad eclesial, sino la experiencia existencial de los pueblos, eso significaba la pérdida de la autoridad de la institución eclesial. La concepción de la iglesia de Juan Pablo II no podía aceptar este tipo de razonamiento teológico. (Houtart, 2006).

En realidad, Juan Pablo II y Joseph Ratzinger nunca aceptaron la Teología de la Liberación. Para ambos y la curia vaticana ésta propugnaba o respondía a la expansión del marxismo en América Latina.

Por eso se declaró pública y oficialmente la muerte del comunismo, del marxismo y de la Teología de la Liberación. Con esta conducta la jerarquía romana buscó liberarse de ésta. La Iglesia le temía porque sabía que propugnaba la verdad. Nunca el Vaticano canonizó a los cientos de mártires que murieron en la lucha por la vida y la justicia en América Latina. El Papa nunca los canonizó por temor a legitimar una concepción nueva de evangelización y de Iglesia y una manera nueva de hacer Teología. Que no

haya canonizado a Monseñor Romero es un escándalo, pero también un signo de debilidad de la curia romana (Richard, 2005)

Asimismo, en el escenario político de entonces se manifestó en el documento de Santa Fe --programático de las coordenadas que seguiría Ronald Reagan durante su mandato presidencial-- la necesidad de luchar contra la Teología de la Liberación en América Latina, debido a su marcada radicalización social, y a su llamado a las bases cristianas a enfrentar los desafíos sociales de la época. Los nuevos conservadores estadounidenses veían en la Teología de la Liberación un reto ideológico que era imprescindible abortar, por cuanto desafiaba y hacía peligrar la hegemonía de Estados Unidos en América Latina.

Desde sus particulares y coincidentes esferas de influencia, dos poderes contribuyeron a que la Teoría de la Liberación, si bien no desapareciera del todo, perdiera presencia, en todos los lugares bajo la égida de la Iglesia Católica, así como en los ámbitos de discusión y medios de difusión.

Además, la concepción teológica y la doctrina social de Juan Pablo II hacia Latinoamérica -- como se ha descrito en los resultados de investigación sobre la Doctrina Social Católica y los dedicados a la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba-- fracturó una renovación católica vislumbrada desde antes del Concilio Vaticano II, acentuada por éste y por la Conferencia del CELAM en Medellín (1968).

Las posteriores Conferencias del Episcopado latinoamericano en Puebla (1979) y Santo Domingo (1992) constituyeron, junto a la primera, un auténtico movimiento de reforma en la Iglesia Católica: pero tanto con Juan Pablo II y ahora más con Ratzinger se está consolidando una clara tendencia de contra-reforma o el retorno a las posiciones preconciliares.

La política eclesiástica durante el papado de Wojtyla, y en lo que va del de Ratzinger, se da la mano con la fase neoliberal del capitalismo --a lo cual aludimos antes--, con la llamada "crisis de civilización" o "confrontación de civilizaciones". La guerra en Irak es símbolo de ello.

A Juan Pablo II, no obstante achacársele cierta cuota de retórica en sus planteamientos en contra de la pobreza, desigualdades sociales y la guerra, debe reconocérsele su labor para evitar las conflagraciones bélicas ocurridas durante su largo papado, así como su crítica al neoliberalismo, al cual llamó "capitalismo salvaje", lo que, por supuesto, y a tono con la Doctrina Social Católica, induce a pensar en la existencia de un capitalismo bueno o civilizado.

El Cardenal Ratzinger

La lectura de decenas de artículos y despachos noticiosos ofrece una visión, una valoración de la personalidad y la actuación de Joseph Ratzinger durante el tiempo que fungió como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, con tendencias algunas sin matices, pero, en general, convergentes al ser fruto de análisis de las acciones emprendidas por el hoy Santo Padre de la Iglesia Católica.

En esos materiales se le califica como "guardián de la ortodoxia del papado de Karol Wojtyla"; "ideólogo de la involución eclesial de las últimas décadas"; "cancerbero de

la fe", "impulsor de la tesis del romanocentrismo, convirtiendo a las Conferencias Episcopales en meras sucursales de la curia"; "nuevo cruzado contra el relativismo"; " personaje de la alta burocracia católica romana"; "salvadora del perfil doctrinal de la Iglesia Católica" e " impulsor y ejecutor de las líneas doctrinales señaladas por Juan Pablo II".

Criterios acerca de su plena identificación con el Papa predecesor para reposicionar a la Iglesia Católica en la contemporaneidad, a costa de medidas resultantes del Concilio Vaticano II, y su combate contra la Teología de la Liberación y la centralización del poder en la curia romana perfilan, indudablemente, la ideología y propósitos de quien fuera pieza clave en el complicado engranaje de la " monarquía" vaticana, durante el largo mandato de Wojtyla.

Las figuras del Papa polaco y el cardenal alemán - el primero, en su juventud, luchador antifascista, y el segundo, miembro de las juventudes hitlerianas-, en apariencia e imagen pública distantes, transpiraron unididad y complementación, sobre todo, en momentos álgidos, muy sensibles y de posible conflictividad para la Iglesia.

Acercas de la pertenencia de Ratzinger a las juventudes hitlerianas hemos hallado diversos puntos de vista. Uno de ellos trata de eludir, ignorar y no ofrecer relevancia a ese hecho, sobre la base de que en aquellos tiempos los jóvenes se veían compelidos a enrolarse en dicha organización fascista.

Esa lectura en ocasiones pretende una perspectiva más amplia cuando al ponderar la actuación del otrora Prefecto se obvia o minimiza su accionar político.

La realidad es bastante diferente. Ratzinger es un hombre profundamente político, cuyas posiciones más que conservadoras son de ultraderecha, al extremo de ser catalogado como uno de los Cardenales más ultraderechistas de su tiempo. (Navarro, 2005)

Aunque no existen evidencias que incriminen a Ratzinger como nazi o simpatizante del nazismo, "no tiene sentido alegar que todos los jóvenes pertenecieran a las juventudes hitlerianas. Muchos, entre ellos católicos, no solo rehusaron incorporarse a ésta, sino que lucharon contra Hitler. En un pueblo cerca de donde el joven Ratzinger residía, dos mil católicos protestaron ante las autoridades fascistas por haber retirado los crucifijos de sus aulas. Por ejemplo, Ratzinger nunca se unió, apoyó o reconoció al grupo antifascista La Rosa Blanca, integrado por cientos de católicos, algunos de los que fueron ejecutados en 1942 por distribuir proclamas antinazi en la Universidad. Siendo Obispo de Munich nunca rindió tributo a aquellos que fueron asesinados por el régimen hitleriano. Entre ellos había comunistas, pero a éstos Ratzinger los definía como escoria."(Navarro 2005)

Tampoco aparece en las publicaciones correspondientes a la época en que ejercía su ministerio en Alemania condena alguna al Holocausto. En el año 2000 se refirió a la colaboración de la Iglesia Católica con el régimen hitleriano como un signo de "cierta insuficiencia" de los católicos frente al Holocausto, debido al antisemitismo existente en el alma de algunos de ellos.

Otro elemento elocuente de sus posiciones políticas se halla en su profunda hostilidad hacia los estudiantes opuestos a la guerra en Viet Nam, a quienes endilgó el peyorativo calificativo de "terroristas ideológicos".

Quizá el ultraconservadurismo de Joseph Ratzinger lo convirtió en una figura atractiva para el Vaticano. Resulta sintomático el brevísimo tiempo que medió entre su nombramiento como Arzobispo de Munich y Freising (consagrado por Paulo VI el 28 de mayo de 1977) y el de Cardenal, lo que ocurrió el 27 de junio de 1977. Cuatro años más tarde, Juan Pablo II lo designa Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, encargada de vigilar la ortodoxia de la doctrina católica.

Puede afirmarse que una de las prioridades de Ratzinger al frente de la Congregación fue proscribir y destruir el movimiento cristiano de liberación surgido en América Latina, en oposición al apoyo de jerarquías católicas a los regímenes dictatoriales fascistas y ultraderechistas existentes en los años ochenta, y en particular, como hemos señalado, a la Teología de la Liberación.

En 1983, Ratzinger envió al episcopado peruano sus observaciones sobre la Teología de Gustavo Gutiérrez; que no obstante reconocer la proclividad de los católicos del continente a ésta, entiende se caracteriza por una extrema ambigüedad.

Lo que el ala conservadora de la Iglesia no podía aceptar de la Teología de la Liberación era la interpretación marxista de la sociedad y, por consiguiente, el predominio de la ortopraxis sobre la ortodoxia. Para una buena parte de la curia utilizar el análisis marxista de la sociedad conllevaba la pérdida de la fe.

En sus observaciones, el Cardenal Ratzinger señala: "pretender que la experiencia de la lucha por la liberación significa un encuentro con el Señor y que ella manifiesta la presencia del Espíritu, es atentar contra la transparencia de la Revelación, contra su valor normativo y contra el carácter específico de la fe teológica(...) estas posiciones llevan necesariamente a pensar que la lucha de clases atraviesa también la Iglesia y que la oposición entre hombres de iglesia comprometidos con el poder, por una parte, y la Iglesia de los pobres, por la otra, traduce lógicamente el rechazo de la jerarquía y de su legitimidad .

De lo hasta aquí expuesto resulta factible deducir que ante los presupuestos de la Teología de la Liberación se imponía salvaguardar la concepción ahistórica y metafísica de la teología y conservar el papel exclusivo del magisterio eclesiástico para la producción del sentido religioso (Houtart, 2006).

Durante este período de la historia de la Iglesia Católica, más de 140 teólogos latinoamericanos, comprometidos con esa corriente cristiana de izquierda, nacida en los años sesenta del siglo pasado, la cual destaca los valores del evangelio por la liberación política, social, económica y cultural de los pueblos del mundo subdesarrollado, fueron interrogados por las instancias doctrinarias del Vaticano o sancionados, castigados, despojados de sus cátedras o silenciados e, incluso, hasta excomulgados en procesos encargados a Ratzinger.

Como artífice de las notas doctrinales más represivas y misóginas del ala conservadora del Vaticano, en el documento "Sobre la vocación eclesial del teólogo", Ratzinger fue implacable contra cualquier crítica de pensadores católicos y los llamó a buscar la anuencia de las autoridades eclesiásticas y a obedecer lo que ellas determinan. Los casos más sonados de persecución fueron los del suizo Hans Küng, uno de los principales teólogos católicos, y del brasileño Leonardo Boff.

Se dice que a Boff no se le sancionó a guardar silencio por su cercanía a las luchas populares, la Teología de la Liberación y su opción preferencial por los pobres, sino porque en su obra " Iglesia, carisma y poder", expresó que la propuesta de Martín Lutero en el siglo XVI fue correcta y que la cerrazón católica fue la que ocasionó el cisma (Carlos Martínez, 2006).

Por otra parte, años después de ser designado Prefecto, Ratzinger declaró en una entrevista de prensa (La República) : " El actual laicismo, que pretende excluir a Dios de la sociedad, es autodestructivo", y en noviembre de 2002 en la nota doctrinal "Sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política", llamaba a los legisladores a formular leyes que no prescindan de los principios de la ética natural.

Constantemente expresaba: quienes se comprometen directamente en la acción legislativa tienen la precisa obligación de oponerse a toda ley que atente contra la vida humana. Para ellos vale la imposibilidad de participar en campañas de opinión a favor de semejantes leyes y a ninguno le está permitido apoyarlas con el propio voto (...). Análogamente debe ser salvaguardada la tutela y la promoción de la familia, fundada en el matrimonio monogámico entre personas de sexo opuesto (...) A la familia no pueden ser jurídicamente equiparadas otras formas de convivencia, ni éstas pueden recibir, en cuanto tales, reconocimiento legal.

En "Carta de 2004 a los Obispos" el actual Pontífice afirmó que merece más misericordia quienes aprueban la pena capital o la guerra que quienes apoyan el aborto o la eutanasia. "Puede haber una legítima diversidad de opinión entre católicos respecto a ir a la guerra y aplicar la pena de muerte, pero no, en cambio, respecto del aborto y la eutanasia".

En esas declaraciones, documentos y notas aparecen plasmados temas que confluyen en el debate científico-religioso de la contemporaneidad. Además en su último sermón como cardenal, Ratzinger acusó a la cultura occidental de relativista, condenó al marxismo, el liberalismo, el ateísmo, el agnosticismo y el sincretismo, como quien insiste en no aceptar el pluralismo cultural y religioso, la diversidad de culturas, y todavía sueña con una Iglesia institucionalmente soberana entre pueblos y gobiernos, imponiendo a todos sus valores y normas de comportamiento. (Betto, 2005)

El octavo Papa alemán de la historia, de ojos azules, mirada tímida y suaves modales, que se opone al sacerdocio femenino, la contracepción, el aborto, la homosexualidad y mantiene la prohibición de la comunión a los divorciados que se vuelven a casar, se convirtió de defensor del progreso en arquitecto de la restauración conservadora, luego de la revolución estudiantil de 1968. Su conservadurismo es patente, al adoptar, por ejemplo, una posición contraria al ingreso de Turquía a la Unión Europea, calificando la posible entrada de ésta a la organización europea como un "enorme error" y "decisión contra la historia".

Además, si algún documento suscrito por Ratzinger alcanzó una connotación político-religiosa de enorme envergadura, ese fue la declaración Dominus Iesus (sept. 2000), sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y su Iglesia, aprobada y confirmada " certa scientia" y " apostólica sua autoritate" por Juan Pablo II.

Durante la presentación de *Dominus Iesus* (Vaticano, 5 sept. 2000), Ratzinger expresó: "La Iglesia anuncia y está llamada a anunciar incesantemente a Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 1b), en el cual los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en el cual Dios ha reconciliado consigo todas las cosas (Nostra Aetate, 2). Al mismo tiempo, estas simples palabras indican el motivo de la convicción que afirma que la plenitud, universalidad y cumplimiento de la Revelación de Dios están presentes solamente en la fe cristiana (...). Por ello la Iglesia se siente llamada, constitutivamente, a la evangelización de los pueblos. Incluso, en el contexto actual marcado por la pluralidad de las religiones y las exigencias de libertad de decisión y de pensamiento, la Iglesia es consciente de ser llamada " a salvar y renovar a toda criatura, para que todas las cosas sean recapituladas en Cristo y los hombres constituyan en Él una sola familia y un solo pueblo (Declaración *Ad gentes*, 1) .

Al respecto Elio Masferrer Kan, presidente de la Asociación para el Estudio de las Religiones (ALER) declaró a La Jornada, de México, que el hoy Benedicto XVI en esta carta planteaba endurecer la relación con el resto de las denominaciones cristianas, al considerar a la Iglesia Católica la única poseedora de la verdad, echando por tierra todos los esfuerzos del Papa Juan Pablo II y creando con ello un momento difícil. No obstante, tras los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, la Iglesia Católica tuvo que cambiar su política y abrirse al diálogo con las otras religiones, no sólo cristianas, sino musulmana, hinduista, budista etc.

Resulta indiscutible que *Dominus Iesu* causó crispación en el mundo pluri-religioso contemporáneo. Sorprendió a los anglicanos, luteranos y protestantes en general, que habían mantenido un diálogo ecuménico con Roma durante años y que estaban habituados al calificativo de "hermanas" dado por la Iglesia Católica a las denominaciones cristianas y no al que se atribuyó ésta como "madre" de todas las religiones.

Muchos estudiosos coinciden en afirmar que el punto culminante del conservadurismo teológico del entonces Prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe lo alcanza con dicho documento, el cual reclama y otorga a la Iglesia Católica la posesión de la verdad y la salvación, así como la vuelta del axioma tridentino de que fuera de la Iglesia no hay salvación.

Fue a ese hombre, nacido el 16 de abril de 1927, en Marktlam Inn, localidad de Baviera, a quien Karol Wojtyła, poco tiempo antes de su muerte, designó Decano del Sagrado Colegio Cardenalicio, cargo catalogado estratégico, por ser el purpurado quien cuando ocurre el fallecimiento de un Papa tiene la misión de convocar al Cónclave de Cardenales electores (aquellos con menos de 80 años), así como de conducir las votaciones para la elección de éste.

Ratzinger fue promovido a la condición de Titular tras la renuncia del Cardenal africano Bernardin Gantin, quien después de 30 años en la Curia Romana, y luego de cumplir los 80, solicitó su renuncia y regresar a su país.

Para los observadores de los vaivenes y de la política del Vaticano, ese nombramiento revelaba que el entonces Juan Pablo II deseaba que Ratzinger pudiera llevar las riendas bien cortas en el futuro Cónclave, con la finalidad de garantizar que el venidero Papa fuera un "wojtyliano", tradicionalista en lo doctrinal y sensible en los temas sociales.

Como hemos pretendido consignar, el antiguo Prefecto fue uno de los colaboradores más estrechos de Juan Pablo II -- visto como el auténtico número dos de la Iglesia, por encima de Angelo Sodano, secretario de Estado --, conspicuo político al servicio del Sumo Pontífice en sus filias y sus fobias, identificado plenamente con éste en su conservadurismo teológico y para reposicionar a la Iglesia Católica en el escenario político religioso actual, romanocentrista y con un profundo conocimiento de los intrínquilis de la Curia Romana.

Los signos y señales perceptibles desde Roma durante buena parte del papado de Wojtyla, confirman que Juan Pablo II, quien nombró a la inmensa mayoría de los miembros del Colegio Cardenalicio, no adoptó ninguna medida contraria a la posibilidad de que Ratzinger se hiciera con las llaves del Gobierno de la Iglesia y las de su doctrina. De esta manera se preservaría su ideario no solo en cuestiones de fe y moral, sino también de política, así como el centralismo y verticalismo de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

De acuerdo con los expertos, en la homilía Pro eligiendo Pontífice, Ratzinger hizo la declaración que marcó el rumbo del cónclave y mostró la mano de Juan Pablo II: la iglesia vive una hora de gran responsabilidad. En estas horas sobretodo, imploro a Dios por un nuevo Papa, como Juan Pablo II, que nos guió al amor de Cristo.

Los primeros momentos del nuevo pontificado

No me gustaría decir en qué sentido interviene el Espíritu Santo en la elección del Papa, porque está claro que hay muchos ejemplos de Pontífices en los que no ha tenido que ver.

Esta afirmación de Benedicto provoca diversas reflexiones. Si en su caso intervino el Espíritu Santo, ¿sopló éste con aires tradicionalistas de acendrado conservadurismo religioso al estilo de Juan Pablo II? De no haber intervenido, ¿qué fuerzas coadyuvaron a su ascenso al pontificado?

La respuesta a la primera interrogante se ha estado tratando de configurar prácticamente desde los inicios del presente trabajo. En cuanto a la segunda, se ha hecho hincapié en el respaldo del Opus Dei a la candidatura de Ratzinger

Es conocido que, durante el papado de Karol Wojtyla el Opus Dei alcanzó un gran poder, en detrimento, por ejemplo, de Órdenes Religiosas como los Jesuitas. Ante la coyuntura de la sucesión papal el Opus insufló la ambición personal del Cardenal alemán, quien dos años antes del fallecimiento de Juan Pablo II envió una postal a una persona en España, donde exponía sus expectativas de ser Sumo Pontífice de la Iglesia Católica y firmaba su mensaje como Papa Benedicto XVI . Esto, por supuesto, contradice sus declaraciones posteriores en las que afirmaba no desear asumir dicha responsabilidad.

Como parte de su campaña política, inmediatamente después de la muerte de Wojtyla, el Cardenal, asistido por el Opus -- según el diario milanés La Stampa --, distribuyó documentos entre sus colegas electores demostrativos de la decadencia y laxitud moral imperantes entre el clero europeo, latinoamericano y estadounidense, donde enfatizaba que para corregir el problema moral que el Vaticano tenía en sus manos se necesitaba un líder fuerte

En respuesta a su enérgico llamado y a tono con el conservadurismo entronizado en el escenario político mundial, el Colegio Cardenalicio se inclinó hacia un Papa mucho más ortodoxo aún que Juan Pablo II, lo que sitúa a la Iglesia Católica en coordenadas opuestas a la secularización que signa a la sociedad contemporánea, lo cual de por sí acentuaría la problemática que viene enfrentando dicha institución ante tamaño desafío.

Los cardenales electores decidieron por la continuidad de una línea teológica y pastoral que considera al mundo contemporáneo su enemigo. "Y para enfrentar la amenaza de relativismo, Roma envía una señal clara al nombrar un nuevo cruzado". (Martínez García, 2005).

Para Frei Betto la elección del Cardenal Joseph Ratzinger como Papa es una señal preocupante de que la dirección de la Iglesia Católica se encuentra más confusa y perdida de lo que se imaginaba (...). Elegir Papa al hombre responsable de la ortodoxia de la Iglesia, jefe del antiguo Santo Oficio, constituye en gesto de retraimiento y defensa frente a un mundo perturbado, que espera de Roma algo más que anatemas, censura, desconfianza y segregaciones .

Elio Masferrer, a su vez, afirmó que se eligió al fiscal de la Iglesia Católica a alguien que va en contra de la modernidad, que no tiene respuesta al cambio cultural y social que experimenta el mundo, y para el caso particular de América Latina, la Iglesia Católica enfrentará pronto un grave problema, pues en esta región existe un fortalecimiento muy significativo de las opciones religiosas no católicas que pueden acentuarse ante la cerrazón y rigidez del catolicismo.

Existe consenso en señalar que con el nombramiento de Ratzinger al frente del catolicismo, la Iglesia apostó a fortalecer la imagen poderosa que le da identidad institucional, en vez de acercarse a la gente. Al respecto se enfatiza su oposición al catolicismo popular que se vive y practica fundamentalmente en América Latina.

Lo cierto es que Benedicto XVI ha comenzado su mandato con dos pesadas cargas sobre sí: la imagen de Juan Pablo II, carismático, efusivo, espectacular, a quien acompañó un aura de martirio prácticamente desde los inicios de su Pontificado, y la del cardenal Ratzinger, llamado enemigo de la modernidad y calificado de intransigente.

Pero, aún más que lo precedente, importa valorar las posibles inflexiones de la joven ejecutoria papal de poco más de un año al frente de la Iglesia Católica. En realidad es un tiempo muy breve para ofrecer juicios categóricos, mas pudieran intentarse algunas reflexiones.

Ante todo, deseamos retomar la homilía que pronunció en la misa celebrada con anterioridad a su elección, dado que resulta elocuente en la orientación del camino que seguiría—y que debería seguir la Iglesia—de ascender al trono de Pedro. En ella advirtió contra cualquier desviación hacia el "relativismo", o sea, la negación de lo definitivo y de la afirmación del ego como juez supremo.

Sobre este tema consideramos válido recordar que en octubre de 2004, *Il Foglio* (Italia) publicó fragmentos de un coloquio entre el entonces Cardenal y el historiador Ernesto Galli della Loggia, (se abordaron también las raíces cristianas de Europa, las

pretensiones del laicismo y los desafíos éticos que presentan los avances biomédicos), en el que Ratzinger señaló lo siguiente:

“El relativismo puede aparecer como algo positivo, en cuanto invita a la tolerancia, facilita la convivencia entre las culturas, reconoce el valor de los demás relativizándose uno mismo. Pero si se transforma en un absoluto, se convierte en contradictorio, destruye el actuar humano y acaba mutilando la razón (...) Si se dejan a la espera de la subjetividad las cuestiones humanas esenciales, las grandes decisiones sobre la vida, la familia, la muerte, sobre la libertad compartida, entonces ya no hay criterios. Todo hombre puede y debe actuar solo según su conciencia. Pero “conciencia”, en la modernidad, se ha transformado en la divinización de la subjetividad, mientras que para la tradición cristiana es lo contrario: la convicción de que el hombre es transparente y puede sentir en sí mismo la voz de la razón fundante del mundo.”

Como hemos advertido, el proceso secular que vive el mundo, el pluralismo cultural y religioso que lo caracteriza, entre otros hechos y factores, han conducido a la Iglesia a una lucha abierta contra el llamado relativismo moral—batalla en la que Benedicto XVI ha sido un apasionado abanderado—, tratando de imponer sus valores y normas de comportamiento. Según Frei Betto “es el regreso a la cristiandad, cuando la Iglesia imperaba en el período medieval” (Betto, 2006).

En la citada homilía, el todavía Cardenal, enunció las amenazas—algunas de larga historia—que acechan a la Iglesia: el marxismo, el liberalismo, el radicalismo, el ateísmo y el individualismo.

Durante sus años de Prefecto más de una vez se había referido al ateísmo moderno y el secularismo (deshumanizante), así como a los regímenes comunistas que llegaron al poder en nombre de la liberación del pueblo como plagas y vergüenza de nuestro tiempo. En cuanto al laicismo, sus diatribas se sustentan en desconocer su universalización porque “es parcial y no responde a las preguntas del ser humano”.

Sin embargo, en esa misa que ofició como Decano del Sacro Colegio para dejar inaugurado el Cónclave, donde enumeró las “modas del pensamiento” que acechaban al catolicismo, no hubo una alusión al “capitalismo salvaje”, ni reprobación de la desigualdad y la pobreza, ni censura a las guerras, las agresiones, la usurpación del territorio nacional de otros países y la violencia de los poderosos. (Alonso, 2005)

Lo que deseamos resaltar es la consecuencia de su pensamiento teológico y político, al margen de posibles variaciones coyunturales ante acontecimientos o hechos que no comprometan los principios de la fe y la moral de la Iglesia Católica.

De ahí que de Ratzinger a Benedicto XVI no se vislumbren cambios en cuanto a temas como el homosexualismo, el feminismo, el transexualismo, el aborto, el divorcio, el sacerdocio femenino, el matrimonio de los eclesiásticos, el control de la natalidad y los medios anticonceptivos.

Muchos analistas observan con preocupación la manera en que la Iglesia aborda la sexualidad y enfatizan que más que dialogar, en cierto sentido el Papa Benedicto XVI cierra las posibilidades de un franco encuentro con la modernidad. “Queda la impresión de que la absoluta supremacía de los principios y valores católicos están por encima de una realidad calificada por éste de relativista, como si la cultura actual no

tuviera capacidad de autonomía y la razón humana debiera estar supeditada a la doctrina o al corpus doctrinal de la Iglesia" (Barranco, 2005)

Ecumenismo

En su primera misa como Pontífice, Benedicto XVI abogó por la unidad de todos los cristianos y el diálogo con otras religiones, y declaró estar decidido a promover el contacto y entendimiento con otras iglesias y comunidades eclesiales, así como con los no creyentes, con la intención de seguir avanzando en la senda trazada por Juan Pablo II. Precisamente éste, durante su extenso pontificado en el que realizó 104 viajes pastorales, cambiando por completo el estilo de conducción del mundo católico y la comunicación pontificia con las diócesis (Alonso, 2005), sostuvo contactos e intercambios regulares con representantes de las principales religiones monoteístas.

Sobre su gestión ecuménica e interreligiosa existen diferentes valoraciones, aunque es dable apuntar la imposibilidad de negar, al margen de intencionalidades y matices, que Juan Pablo II le concedió un espacio particular a esa labor.

Leonardo Boff, por ejemplo, definió al desaparecido Pontífice como padalín del diálogo, de la tolerancia, del ecumenismo, que se reunió con líderes de otras religiones para rezar por la paz (Boff, 2005).

Otros analistas percibieron los gestos ecuménicos de Juan Pablo II, ampliamente divulgados por los más poderosos medios de información, como expresiones más hacia lo externo, pues al mismo tiempo "ratificaba el monopolio incompañado de la Verdad de fe católica - en los términos redactados en Dominus Iesus por quien sería su sucesor- restando así alcance a los propios empeños emprendidos en la ruta del diálogo interreligioso" (Alonso, 2005).

En cuanto Benedicto XVI, durante su primer viaje a Alemania, mostró sensibilidad ecuménica y se dice abrió importantes expectativas cuando entró en interlocución con el judaísmo y el Islam.

Pero estos signos positivos iniciales, en lo que al Islam atañe, se han visto ensombrecidos luego de su reciente disertación académica en la Universidad alemana de Ratisbona, al extremo de desatar una de las crisis diplomáticas más agudas que la Santa Sede haya enfrentado en medio siglo.

La cita detonadora del malestar musulmán es de un diálogo sostenido en el siglo XIV por el emperador bizantino Manuel II Paleólogo y erudito musulmán a quien reclama: "Muéstrame qué es lo que Mahoma trajo de nuevo y encontrarás sólo cosas malignas y humanas como su precepto de difundir con espadas lo que predicaba".

Las reacciones ante la evocación hecha por el Papa de ese pasaje, no se hicieron esperar. Los sectores radicales musulmanes pedían venganza y castigo a "los adoradores de la Cruz". Manifestaciones callejeras se multiplicaron en Egipto, Turquía, India, Somalia, Marruecos, Sri Lanka, Malasia y hasta en el Tíbet.

El guía de la República islámica de Irán Ayatola Ali Jamenei aseguró que el discurso del Pontífice era el último eslabón de una cruzada contra el Islam dirigida por Estados Unidos e Israel, y otros líderes religiosos llamaron a los musulmanes a pronunciarse enfáticamente contra los pronunciamientos del Papa.

Las razones por las cuales Benedicto XVI sacó a colación el mencionado diálogo dejan de tener importancia en sí. Lo que le ofrece la mayor connotación se encuentra en el momento histórico y en el contexto político complejo en que fueron dichas, cuando desde los centros de poder, se sataniza al Islam y se habla de choques de civilizaciones, donde la Occidental inferioriza a su oponente en un enfrentamiento creado artificialmente.

En numerosos órganos de prensa se plantea que el discurso de su Santidad destiló muchas de las inquietudes que alberga desde tiempos atrás en torno a la crisis de fe entre los cristianos, el abandono de Dios por el Occidente, así como la relación del Islam con la violencia.

El Papa actual cree difícil que se pueda llegar lejos con el Islam si no hay reciprocidad; ve diferencias casi insalvables entre ambas confesiones.

Un texto de Ratzinger de 1996, del libro *La sal de la Tierra*, refleja con claridad su misión: "El Islam no conoce la separación entre la esfera política y la religiosa, que el cristianismo llevaba en sí desde el inicio. El Corán es una ley religiosa que abraza todo (...) la sharia plasma una sociedad de arriba a abajo (...) Debe quedar claro que no es una religión como las demás y no se inserta en el espacio de libertad de la sociedad plural" (Barranco, 2006).

Por su parte, el vaticanista Marco Politi apuntó que Benedicto XVI cierra la puerta a una idea que era muy apreciada por Juan Pablo II, la idea de que cristianos, judíos y musulmanes tienen el mismo Dios y han de rezarle juntos.

Otro elemento esgrimido para reforzar el criterio de que Benedicto XVI no es proclive al Islam se refiere a que cuando Juan Pablo II—el primer Papa que visitó una mezquita en Siria—convocó a todas las religiones del mundo a un encuentro por la paz en Asís (octubre 1986) el entonces Cardenal Ratzinger no lo acompañó porque no compartía ese modelo de acercamiento.

Resulta indiscutible que Benedicto XVI es consciente de que Occidente ejerce un imperialismo cultural sobre el resto de las naciones del orbe y que en oposición los países árabes luchan por proteger y sostener su sistema de valores.

Es probable que las reacciones de muchos musulmanes hayan sido desproporcionadas o desmesuradamente políticas; pero no es menos cierto que el Papa echó sal en una herida de impredecible sanación.

Si las intenciones del actual Pontífice se centran en rígidas cruzadas moralizantes, en las que la Iglesia por decreto divino se considera poseedora de la verdad absoluta—en medio de las lesiones internas debido al ocultamiento de abusos sexuales y desafueros eclesiásticos--- el diálogo interreligioso y el ecumenismo no serán más que meras e inútiles utopías.

La Iglesia Católica en Cuba ante el nuevo papado

Aquí en Cuba la Iglesia Católica se siente en plena sintonía con el camino que Benedicto XVI está trazando. Es precisamente recorriendo este camino que la Iglesia, en el desarrollo de su específica misión, quiere ofrecer su propia contribución de pensamiento y de acción a la edificación del bien común de la Patria.

Estas palabras fueron pronunciadas por el Nuncio Apostólico en nuestro país, Monseñor Luigi Bonazzi, en una recepción ofrecida en la Nunciatura Apostólica para celebrar el primer aniversario del papado de Benedicto XVI.

Entendemos que dicha afirmación es consecuencia del conocimiento profundo del pensamiento de la jerarquía eclesiástica nacional y no un acto festinado con pretensiones de comprometer públicamente la adhesión al nuevo Papa.

Pudiera pensarse que la Iglesia local, caracterizada por mantener una relación de subordinación histórica con el Vaticano, mucho más estrecha y dependiente a partir del triunfo de la Revolución, considerara sin variaciones sustanciales la transición papal, en cuanto a la comprensión de su papel y accionar en el contexto histórico en que se desenvuelve y a la estrategia teológica y sociopolítica conformada por los planes pastorales respaldados por el programa de acción que constituyen los discursos pronunciados por Juan Pablo II en su visita a Cuba en 1998.

Precisamente el Cardenal Jaime Ortega Alamino definió aquella misión pastoral del fallecido Pontífice como una suerte de encíclica a los cubanos. "Los temas programáticos del Santo Padre no forman un simple cuerpo teórico, sino que incluyen un proyecto dinámico y preciso para el futuro (...) La aplicación gradual del proyecto debe llevar consigo la esperanza"

Las causas de las estrechas relaciones Iglesia cubana-Vaticano, Jorge Ramírez Calzadilla las define del siguiente modo: "por la necesidad de apoyo internacional, tanto económico como político, la debilidad que significa una ausencia de arraigo popular, la carencia de un pensamiento de bases nacionales -- más que por insuficiencias de sus cuadros, por una prioridad a ultranza de lo ritual y asistencial--, y por un tradicional estilo conservador, la Iglesia Católica en Cuba ha quedado notoriamente dependiente del magisterio y la autoridad papal. Es por ello que las posiciones vaticanas y en especial sus lineamientos doctrinales y políticos son seguidos por la jerarquía local de forma estricta, sin asomo de desacuerdos."

Esas estrechas relaciones y subordinación histórica pudieran enraizarse aún más debido al fuerte conservadurismo del nuevo Papa. Estudiosos del tema en la Isla califican este hecho de grave y subrayan que la Iglesia cubana es una de las más dependientes de Roma.

Ante la elección de Ratzinger como sucesor de Pedro --se ha presentado a sí mismo como "un simple y humilde trabajador de la viña del Señor"-- las reacciones de la Iglesia, a través de su Cardenal, el vocero de la COCC y Monseñor Carlos Manuel de Céspedes convergen en resaltar "la elección de un hombre culto, que combina la inteligencia con la bondad y la humildad"; "será el pastor de gran comprensión y compasión que necesita el mundo de antagonismo y carente de justicia social en el que vivimos". Como "apasionado buscador de la verdad tendrá un proyecto conciliador que prestará a la humanidad el valioso servicio de aclarar y definir, de

referencia ética y humana, además de mantener el timón de la barca de Pedro". "Sus años como guardián de la fe y la ortodoxia fueron una tarea ingrata (...) las cosas cambiarán porque una vez Papa ya no va a tener que estar vigilando constantemente la ortodoxia".

La institución religiosa considera, además, que Benedicto XVI no suponga un obstáculo en las relaciones con el Estado, sino que éstas "se mantendrán donde están, después que Juan Pablo II las elevara a un gran nivel".

Asimismo, se opone al criterio un tanto generalizado de que la elección de Ratzinger, quien como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe rechazó la Teología de la Liberación, haya sido una decepción en América Latina.

En cuanto a las relaciones Vaticano-Estado, consideramos que no deben esperarse cambios sustanciales y mucho menos espectaculares, sino que Benedicto XVI prosiga la línea política abierta por Juan Pablo II: respaldar la labor de la Iglesia nacional en sus reclamos sociales, cuya parte esencial estratégica se afianza en el llamado Plan Esperanza, conjunto de intervenciones públicas y privadas del ex Sucesor de Pedro durante su estancia en Cuba en 1998.

Imbricado con lo precedente consideramos oportuno recordar las declaraciones del Cardenal Ratzinger al Diario de Noticias de Navarra, España, días después de la visita de Juan Pablo II:

La intención inmediata del Papa era pastoral y no política...

Con esta aseveración reafirma el carácter que desde el Vaticano, pasando por la jerarquía católica cubana y el Estado, se le atribuía a la misma y deslegitima a aquellos que la concibieron como lo segundo y esperaban se produjera en Cuba el efecto Polonia.

...pero está claro que la fe tiene repercusiones políticas...

Quizás una de las lecturas de la afirmación de Ratzinger sea que la fe religiosa no resulta exclusiva de los espacios privados, sino que debe trascenderlo e insertarse en la sociedad civil, a través de sus instituciones y organizaciones laicales e individuos, donde ocurre, transcurre y se entreteje el entramado socioeconómico, cultural y político, y, por otra parte manifiesta la valencia funcional de la fe religiosa.

No debe olvidarse en este contexto que la Iglesia Católica nacional, que durante muchos años adoptó una posición de enfrentamiento a la Revolución cubana, que en 1993 lanzó al mundo el muy conocido mensaje El amor todo lo espera (en uno de los peores años del período especial) y después moduló su tono en Démonos fraternalmente la paz, en los últimos tiempos, haciendo clara su posición contraria a la injerencia externa en los asuntos de Cuba, no ha dejado de reclamar más espacios sociales para poner en práctica la Doctrina Social Cristiana, y subrayado su misión profética dentro de la sociedad cubana, la cual pudiera traducirse en el derecho y el deber de la Iglesia de juzgar lo que es bueno o malo, sin obstáculos que lo impidan. La fe, por supuesto, tiene implicaciones políticas.

Bibliografía

Algañaraz, Julio (2005) Ratzinger, decano del colegio cardenalicio. El Clarín, Argentina, 2 de febrero.

Alonso Tejada, Aurelio (2005) Bush en Washington y Ratzinger en Roma. La Jiribilla
----- (2005) El laberinto del Papa Wojtyla. La Jiribilla, 7 de mayo.
<http://lajiribilla.cubarte.cu>

Barranco, Bernardo V. (2006) Ratzinger: el rigor sin carisma. La Jornada, 12 septiembre. <http://www.lajornada.unam.mx>

----- (2005) A dónde va el Vaticano. La Jornada, 30 de noviembre

----- (2005) El Papa Ratzinger. La Jornada, 18 de mayo.

----- (2006) Los avatares del Papa ante la tempestad islámica. La Jornada, octubre primero.

Betto, Frei (2005) De vuelta al pasado. ALAI-Amlatina, 21 de abril.

Fazio, Carlos (2005) Continuismo o transición en Roma? La Jornada, 25 de abril.
<http://lajornada.unam.mx>

Houtar, Francois (2005) Los pontificados de Juan Pablo II y de Benedicto XVI frente a América Latina. Nueva Sociedad, número 198.

<http://www.lajornada.unam.mx>

Küng, Hans (2005) Las contradicciones del Papa. El País, España, abril 2005.

Loaeza, Soledad (2005) El legado. La jornada. Edición digital, 5 de mayo.
<http://www.lajornada.unam.mx>

Martínez García, Carlos (2005) Ratzinger: continuidad conservadora. La Jornada, 20 de abril. <http://www.lajornada.unam.mx>

Masferrer Kan, Elio (2005) Ratzinger, mucho más ortodoxo que Juan Pablo II. Entrevista para La Jornada, México, DF. <http://www.lajornada.unam.mx>

Miguel, Pedro (2005) Arañas y lobos. La Jornada, 26 de abril.
<http://www.lajornada.unam.mx>

Muñoz, Alma E. (2005) Ratzinger representa intereses del imperio que se sirven de la globalización. Entrevista a Leonardo Boff. La Jornada, 20 de abril.
<http://lajornada.unam.mx>

Navarro, Vicente (2005) Triumph of the Theo-Cons. Pope Benedict XVI, a Rightwing Politician. University Pres, Maryland, Baltimore.

Otero, Lisandro (2005) Mismo rumbo en el Vaticano. Rebelión.
<http://www.rebelion.org>

Ramírez, Carlos (2005) Sucesión papal, muy al estilo priísta. Indicador Político.
<http://www.indicador-politico.com.mx>

Ratzinger, Joseph (2001) Contexto y significado de la declaración Dominus Iesus. Biblioteca Electrónica Cristiana.

----- (2002) Dejar obrar a Dios. L'Osservatore Romano. Roma, Italia, 6 de octubre.

----- (2002) El relativismo, nuevo rostro de la intolerancia. Zenit, 1ro. De diciembre.

----- (2004) La fuerza de la razón contra el relativismo. Diario Il Foglio, Roma, Italia, 27 de octubre.

----- (2005) Sobre algunos aspectos de la teología moral. Biblioteca Electrónica Cristiana. VE Multimedia-Vida y espiritualidad.

Richard, Pablo (2005) Crisis irreversible en la Iglesia Católica. Pero otra manera de ser Iglesia también es posible. Ecclesia.

Rodríguez, Gabriela (2005) Ratzinger vs el mundo. La Jornada, 29 de abril. <http://www.lajornada.unam.mx>

Umpierre Sánchez, Francisco (2006) Fe y razón. Rebelión. <http://www.rebelion.org>

Vaneekhaute, Hendrik (2006) El inquisidor de la teología de liberación. Rebelión, <http://www.rebelin.org>

Vidal, José Manuel (2005) Los retos religiosos de Benedicto XVI. El Mundo digital, España. <http://www.elmundo.es>

Vidal, José Manuel (2006) El guardián de la doctrina ortodoxa. La Jornada, 29 de julio.

Wallerstein, Inmanuel (2006) Tres estrategias papales para revivir el cristianismo. Rebelión. <http://www.rebelio.org>

Revistas

Espacio Laical: número 3 (2005)

Palabra Nueva: números 115 (2003), 124 (2003), 128 (2004), 131 (2004), 140 (2005), 151 (2006), 152 (2006)

Resultados de Investigación citados:

La Doctrina Social de Católica, las proyecciones sociales del Papa y su aplicación por la Iglesia local. La Habana, octubre de 2002. Inédito

El mensaje sociopolítico en publicaciones católicas. La Habana, mayo 2000. Inédito

La visita del Papa a Cuba. Su desarrollo y primeras valoraciones. La Habana, 1998. Inédito

Proyecciones sociopolíticas de las jerarquías y élites católicas. La Habana, 1998. Inédito